

Historia en Dos Tiempos

ESTOS SON LOS HOMBRES DEL "GRAMMA" ASESINADOS POR ORDENES DE BATISTA



He aquí a los tres jóvenes santiagueros que planearon la por ellos llamada operación "Gramma". Son ellos: Eduardo Yasell, Manuel Fernández Griñán y Francisco Javier Martínez Jústiz que vestido de soldado entró en el cuartel "Moncada", jugándose la vida para apoderarse de las fotos sacadas por los asalariados de Del Río Chaviano en las que aparecían los expedicionarios del "Gramma" asesinados por los sicarios de Batista.

ERAN las once de la noche del día 16 de marzo de 1957. Por la posta dos del cuartel Moncada entró tranquilamente un joven vestido con el kaki del ejército. La posta apenas lo miró; para el soldado que custodiaba la entrada así como para sus otros compañeros, el que entraba no era más que un miembro más de la guarnición; alguien que a esa hora se retiraba a dormir a

una de las barracas del regimiento "Maceo".

Y el joven siguió su camino como quien conoce bien el terreno que pisa. Sin que nadie se interpusiese a su avance llegó hasta el local donde se encuentra el Departamento de Prensa; sacó un llavero, probó unas llaves hasta que una hizo funcionar la cerradura y abrió la puerta.



Otro trágico grupo: el de la izquierda es el capitán José Smith, estudiante universitario. Su compañero de luchas y de muerte es Miguel Cabañas.

Ya dentro, encendió tranquilamente la luz. Allí no había nadie; él lo sabía de antemano pero se cerció con una mirada que abarcó todo el local. Mientras realizaba su breve inspección ocular no apartó al diestra de la culata de la pistola que llevaba al cinto pero, ya convencido de que se encontraba sólo en el lugar, buscó entre las llaves, otra que le franqueara el paso al Departamento de negativos; y una vez allí registró en un buró que también abrió con una de las otras llaves que tenía.

Nerviosamente, revolvió unos papeles; encontró un sobre y allí unas fotos que recorrió ávidamente con la vista. ¡Eso era lo que él buscaba! Cerró las puertas, apagó la luz, se asomó al exterior y vio que aque-

En grupos, tirados en el suelo con un número atado a la muñeca. Así expusieron en el cementerio de Niquero los cadáveres de los heroicos jóvenes.





Horriblemente balaceado, Antonio López al que llamaban "Nico".



En un tosco cajón de madera, con un número hecho con esparadrapo, René Vedia que procedía de Calabazar.



A Andrés Luján, de Manzanillo le tocó en la macabra lista el número dos.



Los ojos semiabiertos, la boca entreabierta. Noelio Capote con el número diez.



Santiago Liberato Hirzel al que todos llamaban familiarmente "Jimmy".



Félix Elmuza era periodista pero murió asesinado por el teniente Laurent.

lla parte del campamento estaba desierta. A buen paso tomó otra vez el camino de salida y sin mirar al soldado de posta que, por su parte, tampoco le dedicó una sola mirada, ganó la calle.

Entonces, sin poderlo evitar, un suspiro de satisfacción salió de su pecho. Apuró el paso y al doblar de la próxima esquina halló una máquina con otros dos jóvenes en su interior. El que estaba al timón hizo funcionar rápidamente el motor y el auto se puso en marcha.

Ninguno de los tres habló por unos segundos; después, el que manejaba, preguntó al que montara vestido de militar:

—¿Lo hallaste?
—Sí, aquí lo tengo. La operación Gramma ha sido cumplida.

*
¿Quiénes eran esos jóvenes? ¿Qué había ido a hacer aquel soldado que a todas luces no lo era al interior del cuartel Moncada? ¿Qué tenía que ver con esto el "Gramma", nombre que por entonces no convenía mucho pronunciar en voz alta y mucho menos en Santiago de Cuba?

Procuraremos dar cumplida respuesta a esas preguntas. Para ello tenemos que retroceder en el tiempo y situarnos dos meses antes, a principios de enero. Los hechos;

en la propia ciudad de Santiago de Cuba, en la redacción del diario "Prensa Universal" para ser más exactos.

Allí, con otro compañero, se encontraba en aquel momento el joven Francisco Javier Martínez Jústiz, estudiante de periodismo y que ya tenía en su haber un palo periodístico de primer orden con el descubrimiento de los hechos que culminaron con la muerte del capitán Escalona a manos del asesino Olayón y sus secuaces.

Martínez Jústiz y su compañero paralizaron su conversación al darse cuenta de que allí cerca, separadas solamente por un tabique, otras

dos personas hablaban en voz lo bastante alta para que sus palabras llegaran hasta ellos.

Les fue fácil identificar las voces. Se trataba de Senén Caravia, jefe del Buró de Prensa del Regimiento, incondicional del coronel del Río Chaviano y otro empleado del Buró, el locutor Manuel Larrea. Este decía:

—Senén, no seas tonto. Ya tenemos bastante dinero y creo que ha llegado la hora de salir de Cuba.

El otro parecía acceder pero se enfrascaron en una discusión sobre lo que se llevarían y lo que debían dejar en Santiago. Larrea



La lista subía y subía: a Pepe Smith le colocaron el número dieciséis.



A Humberto Lamotte le colocaron un rifle en la mano pero se había presentado creyendo en lo que prometían los jefes militares.



Tomas David Royo es uno más en la larga lista. Su primitiva identificación fue un número: el nueve.



Eduardo Reyes presenta a simple vista cuatro orificios en la parte superior del pecho. Le pusieron el número trece.

habló de unas fotos y entonces Caravia, nerviosamente, ripostó:

—No, esas fotos no. Todo menos las fotos del fusilamiento de los muchachos que desembarcaron con Fidel. Eso no nos lo perdonaría jamás Chaviano y a él se lo debemos todo.

Esto pareció convencer a Larrea que, por su parte, añadió otro razonamiento no menos eficaz, diciendo:

—Sí, y además Laurent y Juan González saben que nosotros tenemos conocimiento de los fusilamientos y que hicimos las fotos. Si nos las llevamos pueden tomar represalias contra nuestros familiares. Mejor será destruirlas.

Caravia se mostró contrario a hacer esto último y dijo:

—No, no hay ningún peligro. Las fotos están en el departamento de los negativos y yo sólo tengo las llaves.

Martínez Jústiz y su compañero comprendieron que estaban en la pista de algo de mucha importancia. Sabían ahora que Caravia tenía en su poder las fotos de los compañeros de Fidel en la expedición del "Gramma" los que habían sido inicuamente asesinados por Laurent y sus hombres después de presentarse o habían muerto en los primeros combates.

Esas fotos tenían un valor incalculable y desde aquel momento en la mente de Martínez Jústiz primó una sola idea: apoderarse de las mismas.

Apresuradamente abandonaron el local antes que Caravia y su compañero salieran. Después co-

ESTOS SON LOS HOMBRES DEL... (Continuación)

menzó a estudiar un plan para llegar hasta aquellas fotos que el servidor de Chaviano creía tener bien seguras en su buró.

Tanto Caravia como Larrea acudían regularmente al diario pues iban allí casi todas las noches a llevar fotos o los partes del Regimiento en que, amaneradamente, se daba cuenta de las acciones de guerra en las que "los forajidos" llevaban siempre la peor parte.

Sabiendo eso, Francisco Javier planeó el robarles las llaves en cualquier descuido y acudir después al Moncada, vestido de guardia para apoderarse de las fotos.

La ocasión no se presentó hasta algún tiempo después. Pero no la desaprovecharon y se apoderaron de las llaves. Fue pues, Martínez Jústiz el que entró esa noche del dieciséis de marzo, en el cuartel. Y los dos compañeros que estaban en la máquina y que le ayudaron en el plan, fueron otros dos valiosos jóvenes santiagueros: Eduardo Yasell y Manuel Fernández Griñán, actualmente capitán de las milicias del 26 de Julio en el aeropuerto internacional "José Martí".

Pero las fotografías que, indudablemente, constituían un tesoro, eran además, una brasa caliente en las manos del que las tuviera. En aquella ocasión resultaba totalmente imposible publicirlas. El régimen de censura imperante amordazaba a la prensa liberal y MJ sa-

bía que si hallaban aquellas fotos en su poder podía costarle la vida.

Se encontraba, además, amenazado ya de muerte tanto por Chaviano como por el coronel Cruz Vidal que le tenían apuntado lo de Olayón, tanto a él como al doctor Baudilio Castellanos, que había fungido como acusador privado en la causa por la muerte de Escalona. Y a MJ se le había advertido que, en caso de que se diese a la publicidad alguna noticia semejante y él lograba escapar, los sicarios del régimen se cobrarían la cuenta con las vidas de sus familiares.

En esas condiciones logró salir de Cuba después de colocar su preciado tesoro en un lugar en que jamás podía ser hallado por nadie. Jamaica, Haití, EE. UU. y México fueron países en que estuvo exilado, realizando en este último lugar estudios de periodismo en la universidad de Veracruz donde terminó la carrera, trunca en la tierra natal por las persecuciones del régimen y sus agresiones a los centros de enseñanza.

Ya derrocado Batista, Francisco Javier regresa inmediatamente a Cuba; marcha a Santiago, recoge su tesoro y lo trae a La Habana para ponerlo en manos del director de BOHEMIA.

Esa es pues, la historia de como el valor y el arrojo de un joven santiaguero logró rescatar para la publicidad las fotos que son la

prueba de uno de los mayores crímenes cometidos por la tiranía durante sus años de dominio: el asesinato de los expedicionarios del "Gramma".

★

La otra parte de la historia es, más o menos, sabida. Hagamos una apretada síntesis, valiéndonos para ello de relatos de expedicionarios y de los partes oficiales del ejército.

Tras el desembarco —cuenta Faustino Pérez— se habían extrañado ocho hombres que aparecieron más tarde, el cuatro de diciembre. El cinco, acampados en un lugar protegido, sintieron una cerrada descarga de fusilería. "Las balas silbaban de la derecha y de la izquierda. Inmediatos, los aviones atronaban la tarde, vaciando sus ametralladoras alrededor nuestro".

Fue entonces cuando se dispuso la urgente y rápida división en grupos. Todos tenían una consigna: reunirse en la Sierra Maestra.

Algunos se perdieron. Estaban extenuados, carentes de alimentos, muertos de sed. El ejército, por medio de hojas sueltas y de alto parlantes había ofrecido una tregua; había prometido respetar la vida de los que se entregasen.

Algunos creyeron en estas palabras; prestaron fe a esas promesas y se entregaron. ¡Y fueron fusilados!

El propio Faustino Pérez (BOHEMIA, 1-11-59) da estos nombres: Cándido González, Antonio López, José Smith, Rayo, Cabañas,

(Continúa en la Pág. 154)